

EL MONTE CARMELO

REVISTA RELIGIOSA

Burgos 15 de Octubre de 1916

AÑO XVII

NÚM. 391



TIP. EL MONTE CARMELO

SUMARIO

¡Qué Santa!, por Fr. Sergio de Santa Teresa, C. D.....	281
Flora Mariana (continuación), por Fr. Casimiro de la V. del Carmen, C. D..	289
Romancero Histórico de Cervantes, por Fr. Florián del Carmelo, C. D... ..	297
De la misión de Verapoly, por † Fr. Angel María.....	301
La filosofía de las cosas en los escritos de Santa Teresa de Jesús, por Fray Amador de Santa Teresa, C. D.....	303
El éxodo de nuestras Carmelitas de Caifa.....	310
Biblioteca Mística Carmelitana, por Fr. Casimiro de la V. del Carmen, C. D.	315
Crónica Carmelitana: Que sea bien venido.—Las fiestas del Carmen en Camagüey (Cuba) y en la Habana.—Profesiones religiosas.—Tomas de hábito.—Necrología.....	317
Crónica General: Roma, Su Santidad a los Prelados alemanes.—Italia, La Masonería y el Gobierno.—Nota política.....	319

GRABADO

Santa Teresa.
R. P. Fulgencio.
Grupo de catecúmenos.

CALENDARIO CARMELITANO

Precioso cartón, grabado en relieve, con una hermosa fotografía de la Virgen del Carmen.

Precios: Con taco religioso.. . . . 1'15 Ptas.
» Sin » » 1'00 »

BIBLIOTECA POPULAR CARMELITANO-TERESIANA

Serie E. núm. 1.º

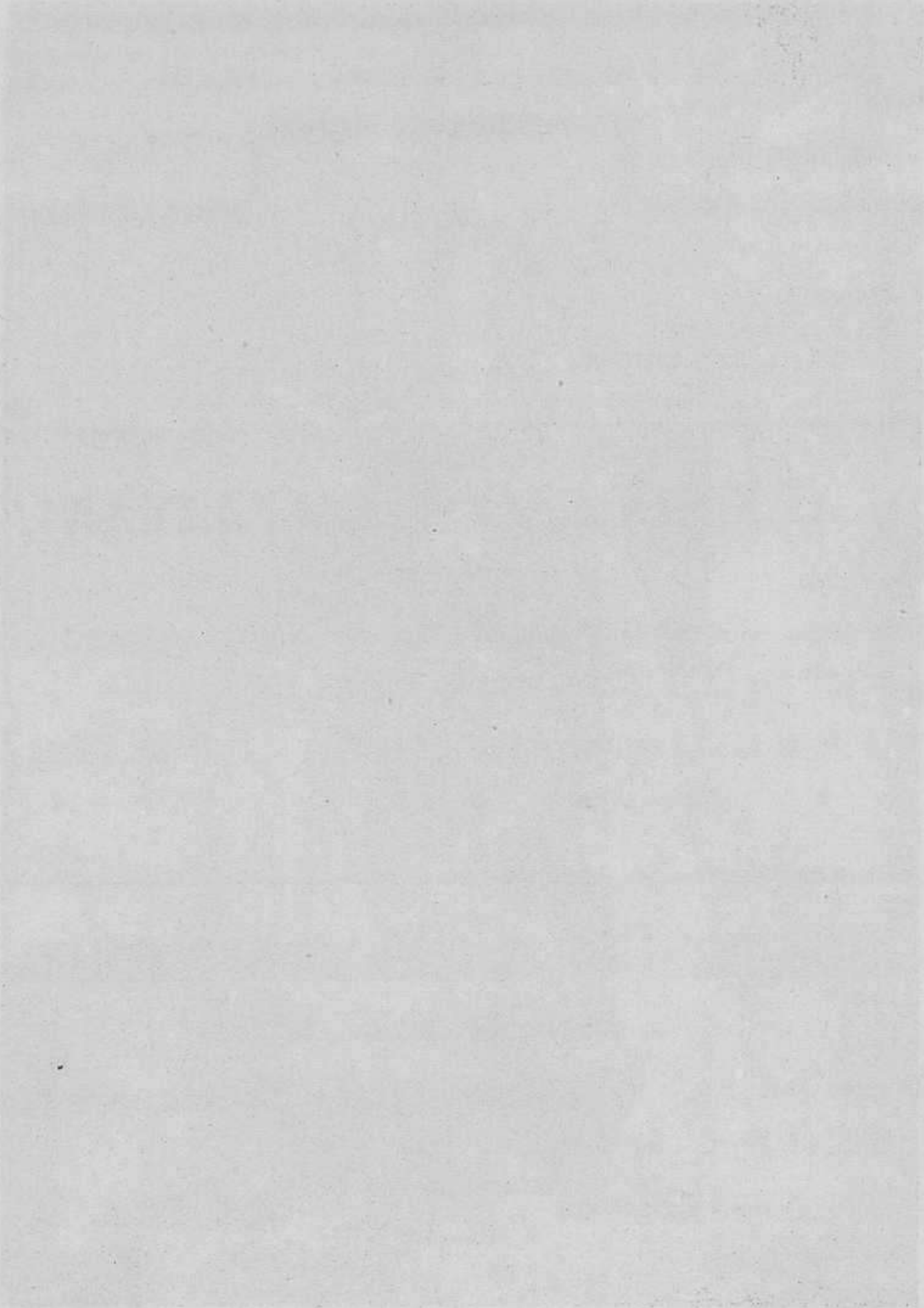
Como recibió el Viático Santa Teresa, por el P. Gabriel de Jesús, C. D.

Número suelto. 0'15 Ptas.
El ciento. 11'00 «

OBRA NUEVA

La Cuestión Social en la Encíclica «Rerum Novarum» en el vigésimo quinto aniversario de su publicación por el R. P. Marcelo del Niño Jesús, C. D.

Un volumen de 212 páginas en tamaño de 20 × 13 centímetros. Precio 1'50.—
A los Centros Obreros 1 peseta.



SECRET BY ABBOTT ATLAS



SANTA TERESA DE JESUS

EL MONTE CARMELO

REVISTA RELIGIOSA

Año XVII

15 de Octubre de 1916

Núm. 391

IRIS SANTA



MULACION de unos, confusión de otros y asombro y extrañeza de muchos suele ser la virtud. Bello ornamento del alma, aun sin pretenderlo, seduce y cautiva todas las miradas que indagadoras y solícitas le acechan por todas partes, corrige y refrena las pasiones, domina en la voluntad libre del hombre, quiebra su más tenaz resistencia y vence con sus halagos los más reñidos quererres. Es la virtud ese buen genio contra el cual nos rebelamos muchas veces, pero que al fin nos rinde y avasalla. Por eso todos somos panegiristas de la virtud, aunque no tratemos seriamente de conseguirla; y no es de extrañar que aquellos que la practican en un alto grado, pasen a la posteridad rodeados del universal aprecio y su fama no se borre jamás de la memoria de los hombres, tan frágil y resbaladiza en otras ocasiones; como si el culto a la virtud tan arraigado en el fondo de nuestros corazones no tuviera manifestación más espléndida, demostración más verdadera que esta veneración y respeto que tributamos a los Santos.

Pero sucede con frecuencia una cosa muy singular en el estudio de las vidas de los santos y cuya explicación se funda en ese sentimiento íntimo y experimental que el hombre tiene de su pequeñez, muchas veces en una flaqueza del corazón que no tiene fuerza para soltar y desatar los lazos que le aprietan fuertemente; y aunque el corazón no discurre, contra lo que un escepticismo pudo sugerir al filósofo Pascal en su

repetida frase, por un misterio, todavía no bien estudiado en nuestra naturaleza, logra que las ideas se acomoden a la norma variable de sus deseos, gustos y aficiones. Pues, si es verdad, y hasta un axioma de las escuelas, que el hombre quiere y obra a la manera de su pensar, también es cierto, indudable, que el hombre piensa como quiere, sin que en la mayoría de los casos podamos discernir cuál es el primero en la sucesión de dos actos tan distintos como los que dependen de la voluntad y del entendimiento del hombre.

Parando, pues, nuestra atención en lo que sucede a la generalidad de los que por devoción o simple curiosidad examinan las vidas de los santos, sus virtudes y prodigios, observamos un fenómeno que se verifica constantemente en mayor o menor proporción según la capacidad, disposición moral y otras cualidades que juntas moderan el juicio del varón piadoso. Y es que las virtudes de los santos no las vemos sino a través del prisma de lo maravilloso, de lo divino, que se muestra por liberal dignación del Todopoderoso en las vidas de los escogidos; y al verlos radiantes con esa gloria que ofusca nuestra vista y saca más a luz nuestras debilidades, nuestro espíritu recoge sus alas no atreviéndose a levantar tan alto su vuelo, y hasta ponemos el pedestal de su gloria en las regiones infranqueables de lo celestial y divino para así hallar fácil excusa a los decaimientos de nuestro espíritu, como si a los santos, para serlo, les fuera menester despojarse de su humana naturaleza, o la influencia divina de la gracia que les mantiene en la virtud, fuese una jaula con rejas de oro por las que asoma maltrecha su libertad.

La santidad es obra de la gracia que previene e insta a la naturaleza, pero de tal modo que ésta acuda libremente a su llamamiento y preste eficaz ayuda a la acción de la gracia. A la manera que el viento al henchir las velas de la nave no estorba el movimiento de los remos, así la gracia, al obrar en nuestro corazón, no hace estériles e infructuosas sus vitales energías, sino que las aprovecha convenientemente a fin de concurrir juntas a un mismo e idéntico resultado. Desde el momento en que la gracia se acomoda a nuestra disposición para recibirla y que a todos se nos ofrece con pródiga liberalidad, puede afirmarse que la virtud, aun en sus grados más heroicos, está a nuestro alcance y depende de nuestra voluntad el adquirirla. No por ser santo se ha roto todo consor-

cio con la humana naturaleza; antes bien, el santo no es más que el hombre perfecto. Este es el concepto que se encierra en la noción de la santidad. Dignos de admiración, merecedores de todo elogio fueron los santos al vencer los vicios inherentes a nuestra flaca condición, pero no vayamos a creer, como pretenden algunos, que vivieron relegados a órbitas extrañas a nuestro planeta, y por consiguiente que no rezan con nosotros ni sus virtudes ni sus ejemplos.

Basta pulsar con delicado tino la nota de la intimidad en las vidas de los santos, para convencernos de buen grado de que los corazones de éstos han sido oreados por las mismas brisas, han hallado disfrute en unas mismas alegrías y añorado unas mismas esperanzas; solamente que en ellos eran estos sentimientos más puros, más delicados, más espirituales, pero en el fondo compartían en todo con nuestros anhelos y emociones, con nuestras aspiraciones y deseos.

¡Quién no conoce a Santa Teresa! Nacida en el ancho e hidalgo solar de Castilla para ser la perla de más valor que esmaltara su corona, ella ha sido, por el conjunto de prendas que la adornaron, tanto de naturaleza como de gracia, la admiración y portento de cuantos la celebran como un modelo el más acabado de mujer, vaciado en el troquel de una santidad la más eminente. Cortesana, sin que faltase en un punto a la etiqueta y ceremonial de los grandes de la Corte, cuando la asediaban a preguntas las damas de la nobleza de Madrid, a quienes dió una buena lección de humildad cristiana, desdeñando toda apariencia de ridícula y fingida santidad; señora en el palacio de D.^a Luisa de la Cerda y en corregir con enérgica resolución los desafueros de la Princesa de Pastana, que creía intimidar con los bríos que le daba su elevada alcurnia y la intemperancia de su carácter tornátil y veleidoso a la gran Teresa, cuyo lema fué siempre el *Nada te turbe, nada te espante*; monja de altísima contemplación en la celda de la Encarnación o en los *palomarcitos* de la Virgen, como ella llamó a los conventos que fundara, donde, arrobada en éxtasis, o bien se quejaba tiernamente; porque, como ella cantaba con delicado plectro:

son «duros estos destierros
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida»;

o bien era su corazón una hoguera de amor en el que un serafín abrió brecha con dardo flamígero de oro para que pudiera respirar aquel fuego que la abrasaba. *Andariega* le pusieron por mote sus émulos, aunque nadie lo fué después de haberla conocido; y hoy lo que le sirvió de vejamen e injurioso reproche se ha convertido en un timbre más de gloria, en nuevo blasón de su escudo, pues es conocida por el sobrenombre de la *celestial andariega*.

Sobre todo, donde fluye más raudal, puro y límpido el espíritu de la sin par Teresa de Jesús, más asequible a todos, más atrayente y sugestivo, es en sus relaciones de intimidad, en sus santas expansiones, en los inocentes desahogos que se permite en el seno de la confianza, como se revela en la hermosa colección de sus *Cartas*. Gracia, viveza, energía, discreción, no afectada elegancia en el estilo, de todo hizo un verdadero derroche la santa escritora, y el epistolario de esta célebre mujer será un monumento imperecedero a sus egregias dotes de santa y reformadora, de excelente mujer de gobierno y un modelo en el caudal literario de la lengua.

Soberana en sus concepciones místicas es su *Vida*, libro el más castigado tal vez por su pluma, en el que trazó con mano maestra la historia de su alma, por encargo de sus sabios y prudentes confesores; libro de todos tal vez el más interesante y que se lee con mayor fruición por lo ameno de su estilo, lo agradable de su forma y el valor de su fondo, que es inapreciable. En el *Camino de Perfección* se nos revela la Santa como notable maestra de espíritu, gran asceta que conoce a maravilla el enredado laberinto del corazón humano y con la fuerza de su palabra y convencimiento logra enderezar el espíritu hacia Dios, despegándole de cualquier afición menos pura lo terrena. *Las Moradas* son las síntesis más prodigiosa de su gran espíritu, la obra por excelencia de la Reformadora insigne, obra que no pudo caber en ingenio de mujer, a no ser sino inspirada por luces sobrenaturales, porque sus hojas son raudal de sabiduría divina bajo un plan y método que nada desmerece del carácter de toda obra científica engendrada en las aulas de los sabios y maestros de la ciencia sagrada.

Pero sus *Cartas*, ¡ah!, éstas vienen a completar su hermosa biografía con rasgos al natural que no se hallan tan abundantes en ninguno de sus libros.

Con razón ha escrito el diligente investigador y crítico muy competente de los escritos de la Santa, en uno de los prólogos a la edición popular de sus *Obras*, que «en las *Cartas* está toda la Santa y toda la Mujer». Porque, a la verdad, no hay más que atender a la lectura de las *Cartas* de Santa Teresa de Jesús para formarnos un juicio el más exacto de sus singulares prendas y virtudes; virtudes y prendas que, hijas del cielo, las encontramos tan naturales en su espíritu que nos admiran más todavía por el encanto y embeleso que nos producen, que por la grandeza y sublimidad que encierran. Discreción y gracia, talento más que de mujer, nobleza de espíritu y energía de carácter, leal y fiel amistad, exquisita delicadeza en la forma, dotes son estas con otras muchas que el juicioso observador advierte al leer y releer esas frases fáciles y correctas, llenas de vida, saturadas de humor teresiano con que la Santa enriqueció sus célebres *Cartas*, esas *Cartas* que, no escritas para la publicidad, conservan mejor impreso el sello y distintivo del espíritu de Teresa. Pasma y deja atónitos considerar el gran número de *Cartas*, sin contar las que se han perdido, que tuvo que escribir la sublime y mística Doctora, y en todas ha dejado primorosos trazos de su fecundo ingenio.

Pero lo que más admira en las *Cartas* de la Santa es ese gracejo inimitable que se ha dado en llamar humorismo teresiano, esa alegría, no bulliciosa y socarrona, sino dulce y serena como apacible onda de tranquilo lago que no turba la quietud y sosiego, esas expansiones de una fiel amistad; a veces, esa fina ironía nacida, no del disgusto o del enfado, sino de la más pura y acendrada caridad con que suele dar de cuando en cuando algunos palmetazos a aquellos por quienes ella se interesa como solícita Madre. «Antes que se me olvide, escribía a la M. María de San José, muy buena venía la (carta) del P. Mariano, si no trajera aquel latín. Dios libre a todas mis hijas de presumir de latinas. Nunca más le acaezca, ni lo consienta. Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, que no tan retóricas». «Tamañita estoy, decía en otra ocasión, cuando ha de venir el Presentado Fr. Domingo... y hallarme con el hurto». «No estamos para coplas, escribía una vez a la M. María Bautista».

Ingeniosa era la santa fundadora para aplicar nombres y graciosos epítetos que frecuentemente trae a colación en la serie

inacabable de su correspondencia. Así, llama a Teresica, su sobrina, *duende de la casa*, *Matusalem* al Nuncio Ormaneto, tan favorecedor de la Reforma, *raposa* a la M. María de San José, *cigarras* a las Carmelitas calzadas de Paterna, *mariposas* a sus hijas las Carmelitas descalzas. En otra carta escribe a María de San José: «Bueno es eso de Elías; mas como no soy tan letrera como ella, no sé qué son los asirios». ¿Quién se atreverá a tachar tilde ni letra de esas hermosísimas cartas escritas a su *Paulo*, el P. Jerónimo Gracián, en las que vierte en frases regaladas, que saben a mieles, todas las ternezas y efusiones de una amistad la más íntima que pudo trabarse entre dos almas? ¿Quién osará dar torcida interpretación, cambiar un punto o coma siquiera de esas otras cartas dirigidas a monarcas, altos Dignatarios y Prelados, donde la Santa muestra una discreción y prudencia admirables, un conocimiento muy profundo del corazón del hombre y una entereza de espíritu probada en el crisol del sufrimiento?

En una palabra; las *Cartas* reflejan por entero a esta gran Santa, cuya virtud, por venir acompañada de grandes dosis de buen humor, no asusta ni amilana, sino que se nos hace fácil y asequible. La alegría todo lo sazona en los escritos de Teresa de Jesús, y no carecen sus virtudes de esa propiedad que reconocemos en las obras de los grandes genios, que cuanto más al natural están sacadas tanto nos parece más fácil su imitación.

Basta leer las *Cartas* de Teresa de Jesús para exclamar poseídos de la más grata emoción: ¡Vaya una Santa! ¡Y qué Santa! Dios, dijo un orador, rompió los moldes con que la formó para gloria de España y de la Cristiandad, para lustre y esplendor de la Reforma Carmelitana.

FR. SERGIO DE SANTA TERESA, C. D.

Vitoria, Octubre, 1916.

FLORA MARIANA

IX

LA VIOLETA Y LA HUMILDAD DE MARIA

Por mi humildad sacrosanta
Que a los más humildes venzo,
Y por aquesta humildad,
Fuí de Dios custodia y templo;
Porque fuí claustro cerrado,
Donde Dios tuvo aposento
Para que el género humano
Saliese del cautiverio.

(Quevedo y Villegas, *Urania*,
musa IX.).



A humildad de la Santísima Virgen está representada perfectamente por la violeta. Así como esta florecilla nace en tierra inculta y anuncia la primavera, en la cual se renueva la naturaleza, María Santísima nació purísima y olorosa de una tierra inculta, y en Ella comenzó la renovación espiritual del universo. La violeta—dice el Sabio Idiota—nada tiene duro sino la raíz; tal fué la raíz de los judíos, de la cual salió la Virgen toda misericordia. Obscura y modesta derrama en torno suyo delicado perfume; no menos fragantes son las gracias, ejemplos y dones de María entre todos los cristianos, especialmente entre sus devotos (1). Hugo de San Víctor la llama: Violeta odorífera y purpúrea que inclinó profundamente su cabeza, cuando se humilló del todo en medio de su suprema dignidad, sin presumir altamente de sí misma (2). El venerable Blosio la saluda como

1 *Part.* XIV, c. 44.

2 *Serm.* 46.

Violeta olorosa de humildad altísima (1), y esta es la virtud que vamos a estudiar en el presente artículo.

*
* * *

Una de las virtudes morales más necesaria para la perfección es la virtud de la humildad; pues ella nos acerca y predispone para recibir la fe, que es la primera piedra del edificio espiritual. «Mientras estamos en esta tierra, dice la Santa, no hay cosa que más nos importe que la humildad» (2).

San Bernardo define la humildad diciendo que es una virtud por la cual el hombre, mediante el conocimiento verdadero de sus miserias, se tiene por vil y despreciable. El Padre Gay, en su obra *De la vida y virtudes cristianas*, afirma que es una virtud que, ilustrada por cuanto Dios se digna revelar a sus criaturas acerca de lo que El es y de lo que son ellas, las mueve el abatimiento de sí propias. Pero nadie ha entendido mejor ni ha sabido expresar con más brevedad y exactitud lo que esta virtud es, que la Mística Doctora del Carmelo. *La humildad*, escribe, *es andar en verdad*; y da razón de su definición, diciendo: «que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entienda, agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella» (3). En efecto, porque es verdad que el hombre de suyo es nada y que todo lo que tiene lo ha recibido de Dios, debe acatar su soberanía sobre él, someterse total y absolutamente a su voluntad y en justa correspondencia rendirle tributo de agradecimiento y adoración. Estas son las relaciones fundamentales que la humildad establece entre la criatura y su Dios, como enseña Santo Tomás (4).

Lo dicho basta para comprender por qué la Sagrada Escritura y los Santos Padres tributan a esta virtud tan grandes elogios y nos exhortan a ella con tanto encarecimiento. Como dicen los *Proverbios*: *Donde hay humildad, habrá sabiduría* (5). Jesucristo se nos presenta como modelo de humildad, y quie-

1 *In salut. ad B. V.*

2 M. I, c. 2.

3 M. VI, c. 10.

4 Vid. *Summa*, II-II. ae, q, CLXI, art. 1-4.

5 c. XI, v. 2.

re que aprendamos de El a ser mansos y humildes de corazón, si deseamos hallar reposo para nuestras almas. La Santísima Virgen confiesa que su humildad fué principio de su grandeza, y poco después añade que Dios resiste a los soberbios, al paso que da su gracia y ensalza a los humildes. San Agustín afirma que la humildad es lo primero y lo último del Cristianismo. San Ambrosio enseña que no hay otro camino para llegar a las alturas divinas que la humildad. San Basilio Magno la llama arca que guarda todas las virtudes, y Nuestro Padre San Juan de la Cruz llega a decir que «todas las visiones, revelaciones y sentimientos del cielo, por más que las estime el espiritual, no valen tanto como el menor acto de humildad; la cual tiene los efectos de la caridad, que no estima ni piensa bien de sus cosas, sino de las ajenas» (1).

San Anselmo distingue en la humildad los siete grados siguientes: 1.º Conocer uno que es digno de ser menospreciado y estar persuadido de ello. 2.º Dolerse mucho de esto, no por conocerlo, sino porque es digno de vituperio. 3.º Confesar esto, manifestando a otros su vileza. 4.º Persuadir a otros que le tengan en poco. 5.º Llevar con paciencia que se diga de él lo que es de desprecio, sin excusarse de ello. 6.º Desear ser tratado y despreciado de los demás con obras de injuria y escarnio. 7.º Amar de corazón todo esto, aborreciendo ser honrado y estimado. Hablando Nuestro Santo Padre de las almas escogidas a quienes Dios pone en la noche oscura para purificarlas de sus faltas y elevarlas a mayor perfección, expone magistralmente los grados de esta virtud con las siguientes palabras: «Los que en este tiempo van en perfección... se aprovechan y edifican mucho de la humildad, no sólo teniendo sus propias cosas en nada, mas con muy poca satisfacción de sí, a todos los demás tienen por muy mejores, y les suelen tener una santa envidia, con gana de servir a Dios como ellos. Porque cuanto más fervor llevan y cuantas más obras hacen y gusto tienen en ellas, como van en humildad, tanto más conocen lo mucho que Dios merece, y lo poco que es todo cuanto hacen por El; y así, cuanto más hacen, tanto menos se satisfacen. Que tanto es lo que de caridad y amor querrían hacer por El, que todo lo que hacen no les parece nada; y tanto les solicita, ocupa y embebe este

1 *Sent.* 335.

cuidado de amor, que nunca advierten en si los demás hacen o no hacen; y así, si advierten, todo es, como digo, creyendo que todos los demás son muy mejores que ellos. De donde, teniéndose en poco, tienen gana de que los demás también los tengan en poco, y les deshagan y desestimen sus cosas. Y tienen más: que aunque se las quieran alabar y estimar, en ninguna manera lo pueden creer, y les parece cosa extraña decir de ellos aquellos bienes.

Estos, con mucha tranquilidad y humildad, tienen gran deseo de que les enseñe cualquiera que les pueda aprovechar... Están muy prontos de caminar y echar por otro camino del que llevan, si se lo mandaren, porque nunca piensan que aciertan en nada. De que alaben a los demás se gozan; sólo tienen pena de que no sirven a Dios como ellos. No tienen gana de decir sus cosas, porque las tienen en tan poco, que aun a sus maestros espirituales tienen vergüenza de decirlas, pareciéndoles que no son cosas que merezcan hacer lenguaje de ellas. Más gana tienen de decir sus faltas y pecados, o que los entiendan, que no son virtudes; y así se inclinan más a tratar su alma con quien en menos tiene sus cosas y espíritu. Lo cual es propiedad de espíritu sencillo, puro y verdadero, y muy agradable a Dios. Porque como mora en estas humildes almas el espíritu sabio de Dios, luego les mueve e inclina a guardar adentro sus tesoros en secreto, y echar fuera los males... Darán éstos la sangre de su corazón a quien sirve a Dios, y ayudarán, cuanto es en sí, a que le sirvan. En las imperfecciones en que se ven caer, con humildad se sufren, y con blandura de espíritu y temor amoroso de Dios, y esperando en El» (1).

Esta virtud, en cierto sentido, es la más necesaria de todas, en cuanto que sirve de base y fundamento a las demás. Sobre ello trae una doctrina admirable la inspirada Doctora carmelitana. «Esto importa mucho a cualquier alma que tenga oración, poca u mucha, que no la arrincone ni apriete. Déjela andar por estas moradas, arriba y abajo y a los lados, pues Dios la dió tan gran dinidad; no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola, u que si es en el propio conocimiento, que con cuan necesario es esto, miren que me entiendan, aun a las que las tiene el Señor en la misma morada

1 *Noche oscura del sentido*, c. II.

que El está, que jamás, por encumbrada que esté, le cumple otra cosa, ni podrá aunque quiera; que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores, así el alma en el propio conocimiento; créame, y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma... No se si queda dado bien a entender, porque es cosa tan importante este conocernos, que no querría en ello hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos; pues mientras estamos en la tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad. Y así torno a decir que es muy bueno y muy rebueno tratar de entrar primero en el aposento adonde se trata de esto, que volar a los demás, porque este es el camino; y si podemos ir por lo seguro y llano, ¿para qué hemos de querer alas para volar? mas que busque cómo aprovechar más en esto. Y a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes» (1).

La soberbia, el deseo de la propia gloria y excelencia, que es una de las pasiones más poderosas que anidan en humano corazón, uno de los apetitos más vehementes del alma, sugiere a los mortales las más extrañas razones para impedirles la adquisición y apartarles de la práctica de la humildad.

A unos se la representa como una virtud sombría que engendra tedio y tristeza. Nada más falso. Si hay paz, sosiego y alegría en este mundo, el corazón humilde lo posee. Firmemente persuadido de su pequeñez, de su falta de merecimientos, no se entristece cuando el Señor se hace sordo a sus plegarias o el mundo le persigue, le prosterga y le desprecia. Si las pasiones del prójimo asestan rudos golpes a su amor propio, no por eso se altera ni pierde la paz interior; pues el sentimiento de su nada es como un escudo impenetrable contra el que se amortiguan y pierden toda su fuerza.

A otros hace creer que la humildad es una virtud propia de espíritus apocados, que degrada al hombre, sofoca en él

1 M. I, c. 2.

todo sentimiento de cosas nobles y le convierte en un ser inútil a la sociedad. Esta objeción queda victoriosamente refutada, con sólo recordar que nadie ha llevado a efecto empresas más arduas, con medios, humanamente hablando, más desproporcionados, ni que hayan sido más beneficiosas a la sociedad, que los grandes Santos, los cuales fueron grandes amantes de la humildad. Como la fe, esperanza y caridad, con todas las demás virtudes, crecen y se perfeccionan a medida que aumenta y adquiere su perfección la humildad, cuanto mayor desconfianza en nosotros y en nuestras fuerzas nos inspire ésta, mayor será nuestra confianza en Dios, que ha prometido su gracia a los humildes. Ahora bien ¿de qué no será capaz una alma que para llevar a cabo una idea que le inspira la caridad, una obra de celo, se siente revestida y apoyada por la omnipotencia divina?

No faltan algunos a quienes, más sutilmente, insinúa, que la humildad es opuesta a la sinceridad cristiana y que nos hace ingratos para con Dios, pues nos mueve a tener en poco sus dones y beneficios. Esto tendría algún fundamento, si la humildad consistiese en olvidarnos de lo que Dios, por su infinita misericordia, ha obrado en nosotros; pero sucede todo lo contrario, pues ella nos enseña a temerlo todo de nosotros y esperarlo todo de Dios, a quien debemos atribuir lo bueno que en nosotros hubiere, darle gracias y alabarle por ello y por los dones, manifiestos u ocultos que la humildad nos hace ver en nuestros prójimos. La Santísima Virgen fué un dechado perfecto de humildad, como vamos a ver a continuación, lo cual no impidió el que Ella misma confesase que Dios había obrado en Ella cosas maravillosas y que todas las generaciones venideras la llamarían bienaventurada.

*
* * *

Uno de los apetitos más poderosos del corazón humano, uno de los deseos más vehementes del alma, una de las pasiones que más enciende la cólera divina, es el apetito desordenado de la propia excelencia, el deseo de la gloria mundana, el vicio de la soberbia. Movidó por este deseo, Lucifer pretendió escalar el trono del Altísimo; mas herido por el rayo de la ira de Dios, cayó en los abismos inferna-

les. Adán, que no satisfecho con el conocimiento perfectísimo que le había infundido el Señor apeteció ciencia divina y ambicionó ser como dios en la inteligencia del bien y del mal, se vió arrojado del Edén. Faraón sepultado en el Mar Rojo, por no haber querido acatar la voluntad divina; Nabucodonosor, que hizo se le tributasen honores divinos, y en castigo de su soberbia tuvo que hacer vida de bestia en las selvas; Sedecías encerrado en lóbrego calabozo y Jezabel siendo pasto de los perros en pena de su fausto y altanería, son casos más que suficientes para demostrar el rigor con que Dios castiga la soberbia, aunque no presenciáramos todos los días otros castigos semejantes. Pero, tanto cuanto abate a los soberbios, ensalza a los humildes; y no le es menos amable la virtud de la humildad, que odioso el vicio de la soberbia. Por eso, y habiendo sido el orgullo causa de la perdición del género humano, quiso restaurarle con la humildad. Jesucristo, el nuevo Adán y divino Redentor nuestro, llegó en esta virtud hasta el *anonadamiento*, como dice gráficamente San Pablo; María, la nueva Eva y celestial Corredentora nuestra, aventajó en humildad a todas las creaturas. Veamos brevemente cómo la practicó, para que ella nos sirva de estímulo y ejemplo.

El primer peldaño de la escala de la humildad es el reconocimiento de la propia miseria. María poseyó esta humildad de espíritu en grado perfecto. Mas, conviene advertir que la Santísima Virgen no se humilló y despreció a sí misma a modo de los grandes santos, que se tenían por los mayores pecadores del mundo; pues no ignoraba Ella que por la divina bondad había sido preservada de toda mancha de pecado. Pero al mismo tiempo, y a la luz del conocimiento perfectísimo que tenía de la infinita grandeza de Dios, veía, con más claridad que nadie, que por su naturaleza era nada, que su impecabilidad y las gracias recibidas eran dones gratuitos del Señor, que sin su ayuda podría pecar como los demás mortales, que había nacido de un árbol inficionado y que sólo por un exceso de la bondad divina se veía libre de la corrupción general. Estas eran las reflexiones habituales que movían a la Reina de los cielos a humillarse y tenerse por nada en presencia de Dios, y a darle incesantes gracias por sus favores. Cuando el celestial Parainfo la saludó llena de gracia y le anunció que había sido escogida para Madre

de Dios y Esposa del Divino Espíritu, su humildad se sobresaltó y contestó proclamándose *esclava del Señor*. «Porque así como una pobre mendiga—dice San Alfonso María de Liguorio—cuando se pone un rico vestido que le han dado de limosna, lejos de ensoberbecerse, se humilla y abate más en presencia de su bienhechor, porque se acuerda de su pobreza, así también María, mientras más enriquecida de gracias se veía, tanto más se humillaba, acordándose de que todo lo había recibido de la misericordiosa mano de Dios» (1).

Enseña San Agustín que uno de los efectos de la humildad es cerrar nuestro corazón a los elogios, así como la soberbia nos mueve a desearlos y gozarnos en ellos. San Gregorio añade que las almas virtuosas se apenan cuando son alabadas, mientras que los malos se regocijan. La Santísima Virgen es un modelo acabado de perfección en este grado segundo de la virtud de la humildad. Al oír de labios del ángel aquellas sublimes alabanzas con que la saludaba llena de gracia y bendita entre todas las mujeres, dice el Sagrado Evangelio que se turbó, creyéndose, sin duda, indigna de honra tanta, y temiendo, tal vez, ser víctima de alguna ilusión. Cuando su prima Santa Isabel la saludó diciendo: «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde a mí tanto bien que venga la madre de mi Señor a visitarme? ¡Oh, bienaventurada tú que has creído!» (2), la humilísima Virgen desvía discretamente la conversación prorrumpiendo en el bellissimo cántico que comienza: «Mi alma glorifica al Señor; y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios salvador mío: porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava» (3). Que fué como si más claramente dijera: Basta ya de alabanzas que no merezco; pues yo de mí misma nada era, nada merecí y nada tendría, sino fuera por la bondad divina; alabemos, sí, a Dios, de quien procede todo bien, y a quien pertenece toda honra y gloria. Este atribuir al Señor todo lo bueno que hay en nosotros y darle por ello incesantes gracias, constituye el tercer grado de humildad, que la Santísima Virgen practicó con la perfección que se ha visto.

La humildad interior, cuando es perfecta y verdadera, se

1 *Las glorias de María*, p. II, d. IX.

2 *Luc.* I, v. 29, 42, 43, 45.

3 *Ibid.* v. 46-48.

manifiesta exteriormente con las obras de mil modos distintos, y así vemos que toda la vida y todas las obras de María predicán humildad. A los tres años se ocultó en el templo y en él permaneció hasta los trece, dedicada, fuera de los ratos señalados para la oración y prácticas piadosas, a rastrillar lino o hilar seda y lana para tejer los velos sagrados y las vestiduras sacerdotales.

Durante su matrimonio con San José sirvióle con verdadero rendimiento, ejecutando por sí misma todos los quehaceres domésticos, y ayudándole con el humilde trabajo de sus manos, principalmente durante los siete años que permanecieron en Egipto, a levantar las cargas del matrimonio. Claro está que los vestidos costosos no decían bien con la humildad de la Virgen y su extremada pobreza, por lo cual afirma San Epifanio que carecían de adornos, bordados y tintes de toda clase, como colegía él de la tradición eclesiástica y de un velo de María que en su tiempo se conservaba como preciosa reliquia.

Son actos de humildad, además de los mencionados, el trato con gente humilde, el amor al retiro, el ocultar los dones de Dios, el deseo de ser despreciado, y el escoger para sí el último lugar en las asambleas públicas. Pues bien, la humilísima Virgen María se ejercitó en todos ellos. Trató con gente pobre, como se ve que fueron los esposos de Caná, a cuyas bodas asistió, probablemente para servir a los convidados (1); pues de otra suerte no les hubiera faltado el vino a la mitad de la comida. Y lo que es más, no desdeñó la compañía de la penitente Magdalena, quien con su conversión no lograría borrar ante los hombres la nota de pecadora y liviana, que con sus grandes y frecuentes escándalos, había dignamente merecido. Amó la soledad, y por eso no tomó parte en la vida pública de Jesús, hasta el punto de que cierto día que quiso hablar con Él, como le hallase predicando en una casa «quedóse fuera, dice San Bernardo, y no quiso interrumpir el sermón con su autoridad de Madre, ni entrar en la casa donde estaba su Hijo hablando» (2): temía,

1 Como era costumbre entre los judíos que las mujeres comieran en una sala distinta de la en que comían los hombres, no se explica la presencia de María en la sala donde comía Jesús y su conocimiento de la falta de vino, sino es admitiendo que estaba sirviendo a la mesa, lo cual es muy creíble, dada su grandísima humildad.

2 *In sign. magn.*

sin duda, que aquella asamblea, entusiasmada con los discursos y milagros de Jesús, prorrumiese en alabanzas suyas. Fué tan escrupulosa en la guarda de los dones que de Dios había recibido, que ni a su amantísimo esposo San José llegó a descubrirselos. Teniendo Ella pleno dominio materno sobre Jesús y habiendo sido llena con los dones del Espíritu Santo ¿qué obras tan portentosas no hubiera podido realizar, qué palabras de sabiduría celestial no hubieran podido brotar de sus labios? Y sin embargo ¡oh prodigio de humildad! «María conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón» (1). Otro fué su proceder en el tiempo de las humillaciones y tormentos de su Hijo; pues leemos que le acompañó en el Calvario, tomando parte en sus ignominias, y dándose a conocer como Madre del que iba a ser ajusticiado como un infame malhechor. Finalmente aun después de su Ascensión gloriosa a los cielos, cuando Ella estaba haciendo las veces de Madre, Reina y Maestra de la naciente Iglesia, escogió en el Cenáculo el último lugar; y así nos dice San Lucas que «todos (los Apóstoles), animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración con las mujeres piadosas, y con María la madre de Jesús» (2). «Con razón, exclama San Bernardo, la última llega a ocupar el primer lugar, porque siendo María la primera de todos, se había puesto la última» (3).

Si deseamos agradar a María procuremos revestirnos de su humildad, y si verdaderamente la amamos esforcémonos en imitarla en la práctica de esta virtud.

FR. CASIMIRO DE LA V. DEL CARMEN, C. D.

(Se continuará).

1 *Luc.* II, 19.

2 *Act.* I, 14.

3 *In sign. magn.*

Romancero Histórico de Cervantes

PRIMERA FECHA

(9 DE OCTUBRE DE 1547)

¡Dín, dón! ¡dín, dán!... Las campanas
Regocijadas repican,
Las campanas de Alcalá;
Son las de Santa María.
La fiesta de las campanas
La celebran las esquilas
Y los monagos con ellas
Y con ellos la alcancía;
Aunque de fijo la bolsa
Hoy no será escurridiza;
Ni muchos maravedises
Han de correr este día;
Pues no es Infante de España
Ni conde quien se bautiza,
Que es hijo de un cirujano
De lo más pobre en Castilla.

¡Dín, dón! ¡dín, dán!... Las campanas
Repican y más repican,
Y las puertas de aquel templo
Son tomadas, más que a prisa,
Por las milicias guerreras
De estudiantiles guerrillas,
Dispuestas a lo que salga,
Por mor de la rebatiña.
Mas, pienso que pronto acaben
Las infantiles corridas,
Que no han de correrse mucho
Las blancas ni las blanquillas.

Juan Pardo, que es el padrino,
 Mal está para sangrías
 Que cuestan negros dineros
 Y se van en peladillas.

¡Dín, dón! ¡dín, dán!... Si tan locas
 Hoy las campanas repican,
 Y con ellas compitiendo
 Tintinean las esquilas,
 Es que el Bachiller Serrano,
 Rector de Santa María,
 Con el cirujano tiene,
 Hace tiempo, amistad íntima.
 Y hasta sospecho que Vázquez,
 El sacristán, adivina
 Que un repique de campanas
 Puede valerle diez bizmas...
 Caso, de que llegue el caso,
 De una rotura imprevista.

¡Dín, dón! ¡dín, dán!... —Y acabóse
 La campanil sinfonía;
 Tan sólo una esquila sigue
 Cantando un *solo* de esquila.
 La esquililla en su lenguaje,
 Insinuante así decía
 A un chicuelo que, pasando,
 Entre irse o quedarse lidia:
 —«Detén tu paso, estudiante,
 (Dice la voz argentina),
 Y entra a ver en esta iglesia
 Quién es el que se bautiza.

—Corre, corre, estudiantillo,
 Que estudias lengua latina,
 (Le dice otra voz interna),
 Corre a estudiar el Nebrija.

—No tengas prisa, muchacho;
 Muchacho, no tengas prisa;
 Que al maestro de tu lengua
 Es a quien hoy cristianizan.

—Vete a estudiar, estudiante,
 La lección para otro día,

Que la palmeta del dómine
Sabe a cruda disciplina.

—Entra en la iglesia, chicuelo,
Y vé corriendo a la pila
Bautismal, para que escuches,
Y conserves de por vida,
El nombre limpio y sonoro
Del varón, que, pura y limpia,
Fijará tu hermosa lengua,
Que es la lengua de Castilla...»—

Pero el caso es que el chicuelo,
(Según colige el cronista),
Era muy poco estudiante
Y menos de clerecía.
Ni le gustaba otra lengua,
Con perdón, que lengua frita,
Ni era curioso parlante,
Ni aspiraba a la milicia.
Por todo lo cual, concluye
Que el tal rapaz aquel día
Ni fué a estudiar sus lecciones
Ni supo quién se bautiza.

Y si, lector, saber quieres
Quién fuese tamaña ardilla,
Búscala entre los chicuelos,
Que andan a la rebatiña,
A la puerta de la iglesia
Por coger las peladillas.
Su nombre es llano y castizo,
Como un Sancho de Castilla,
Aunque estotro, por las señas,
Más que ideal, es pancista...

¡Dín, dón! ¡dín, dán!... Las campanas
Al salir la comitiva
Del templo, de nuevo alegres
Repican y más repican,
Y más que repican hablan,
Proclamando, peregrinas,
Que la lengua de Alcalá,
Que es la lengua de Castilla,

Se llamará de Cervantes,
A vuelta de pocos días;
Porque es el niño Cervantes
A quien sacó allí de pila
Juan Pardo, en aquella iglesia
Mayor de Santa María,
A nueve del mes de Octubre
Del año que se desliza,
El mil quinientos cuarenta
Y siete, de gracia y dicha!—
Y las puertas cerró Vázquez
Cuando ya la Iglesia había
Un buen soldado de Cristo
Incorporado a sus filas.

FR. FLORIAN DEL CARMELO, C. D.

(Se continuará).

DE LA MISION DE VERAPOLY

LA COSECHA DE ESTE AÑO



ENDITO sea el Señor cuya mano misericordiosa no se ha abreviado y cuyo designio de hacerse conocer y amar y servir de todos los hombres, vence dificultades que al hombre parecen insuperables, y halla medios donde el hombre no encuentra más que incapacidad absoluta!

En los oídos de nuestros Misioneros sonaba, como siempre, en todo lo largo de este año, aquella voz divina: *Compelle intrare*: haz que entren en la casa de Dios, en el arca única de salvación, en el seno de la Iglesia Católica, esas gentes por las que Jesús derramó su sangre preciosa, pero que aun están amarradas a la esclavitud del demonio». Y a las puertas del Misionero se agrupaban grandes masas de esas gentes pidiendo que se les admitiera, pidiendo que se les hiciera hijos de Dios, pidiendo que se les diera el pan de la vida. Y el Misionero, sentado en su choza, hacía sus cálculos, para ver hasta cuánto ascendían sus recursos para repartir el pan de vida a esas gentes hambrientas de él.

De Francia, nada...

De Bélgica, nada...

De otras naciones en guerra, nada...

¡Señor! exclamaba el Misionero, levantando al cielo su corazón dolorido; Señor, pon fin a esa guerra espantosa que para nosotros significa de una manera especial la continuación del imperio de Lucifer sobre estas pobres almas que tú has redimido; pon fin a esa guerra y envía la paz, *dona nobis pacem!*

Y continuaba el Misionero sus cálculos:

De España y América, para tantos catecúmenos.

Sacrificando tales y cuales gastos, para tantos más.

Posponiendo la edificación de esta casa,—mientras esta pobre choza esté en pie, ¿qué más ambiciono sobre la tierra? —para tantos más.

Posponiendo la edificación de la iglesia,—nuestro amoroso Señor también pasará por este sacrificio y se complacerá continuar en el *Belén* de esta choza, mientras los vientos no den con ella por tierra,—para tantos más.

Confiando en la Providencia divina, cuyos tesoros son ocultos, pero inagotables,—¿acaso no es ésta obra de Dios? —para tantos más.

Y levantóse el Misionero, y abrió las puertas del Catecumenato en Vettumughelil y en Pattithanam, y familias, en grande número, de pulayas paganos fueron entrando, entrando, haciendo entrega y renuncia de sus ídolos y amuletos, y un día tras de otro día, mañana y tarde, escucharon sumisos, humildes y dóciles, las enseñanzas divinas de la Religión Cristiana; y terminado el período de instrucción, el Misionero les preguntó, uno por uno: «¿quieres ser bautizado? *vis baptizari?*»; y todos, hasta el número de 567, respondieron, uno por uno: «quiero», *volo*, y el Misionero, con alegría inefable al ver multiplicarse la familia de Dios, regeneró con las aguas salvadoras del bautismo a aquellos 567 pulayas.

Veán aquí los amables lectores de EL MONTE CARMELO la cosecha espiritual de la Misión de Verápoly en los meses de Julio y Agosto de 1916, cuando las naciones de Europa se están destruyendo mutuamente, 567 cristianos nuevos, hijos de Dios y de la Iglesia Católica.

¡Bendito por los siglos de los siglos sea el Señor cuya mano misericordiosa no se ha abreviado!

† FR. ANGEL MARIA, C. D.

Ernakulam, 31 Agosto, 1916.

La filosofía de las cosas en los escritos de Santa Teresa de Jesús



SANTA Teresa se queja con frecuencia de no poder manifestar con palabras lo que Su Majestad le daba a sentir en la oración, y no lo podía manifestar porque no hay lenguaje adecuado para expresar la sublimidad de los secretos que Dios comunica a las almas que del todo se entregan a El. Habré de aprovecharme de alguna comparación, dice la Santa, aunque yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación» (V. cap. 11). Al declarar cómo sentía cabe sí aquella presencia de Jesucristo, dice: «No hacía sino poner comparaciones para darme a entender, y, cierto, para esta manera de visión, a mi parecer no la hay que mucho cuadre» (V. c. 27). Y el capítulo primero de las quintas moradas lo empieza diciendo: «¡Oh, hermanas! ¿Cómo os podría yo decir la riqueza, y tesoros y deleites que hay en las quintas moradas? Creo fuera mejor no decir nada de las que faltan, pues no se ha de saber decir, ni el entendimiento lo sabe entender, ni las comparaciones pueden servir de declararlo; porque son muy bajas las cosas de la tierra para este fin».

Sin embargo aunque estas cosas de aquí abajo no admiten comparación con las de allá arriba, pues sabido es lo que dice San Pablo que ni el ojo vió, ni el oído oyó ni en el corazón del hombre puede haber lo que Dios tiene reservado a los que le aman. (1 Cor. cap. 2); también es cierto lo que dice Santo Tomás de que las criaturas son vestigio del Cria-

dor: pensamiento que Ntro. P. San Juan de la Cruz reviste de luz y hermosura cuando canta:

Mil gracias derramando
 Pasó por estos sotos y espesuras,
 Y yéndolos mirando
 Con sola su figura
 Vestidos los dejó de su hermosura.

Por eso el Espíritu Santo reprocha a los sabios del paganismo que en los seres del mundo sublunar, no viesen más que la materialidad de las cosas, sin levantar su mirada para ver al que de la nada las crió, «pues por la grandiosidad y hermosura de las criaturas se puede venir en conocimiento del criador» (Sap. XIII, 5) y su omnipotencia y divinidad se ocultan tras tenue y sencillo velo que el hombre con su discurso puede en parte descorrer (Rom. I, 20). Muy bien expresa el Cantor Extático ese algo que el alma ve en las criaturas, y ese mucho que se le oculta, pero que por indicios llega a barruntar, cuando dice:

Y todos cuantos vagan
 De ti me van mil gracias refiriendo,
 Y todas más me llagan
 Y déjame muriendo
 Un no sé qué que quedan balbuciendo.

Bien hace por lo tanto Santa Teresa en buscar símiles en los fenómenos de las cosas naturales, para expresar algo de lo que Dios manifiesta al alma en aquellas íntimas comunicaciones de la mística teología: «¡Oh almas, exclama, que habéis comenzado a tener oración y las que tenéis verdadera fe! ¿Qué bienes podéis buscar aún en esta vida, dejemos lo que se gana para sin fin, que sea como el menor de estos?... Mirá que no es cifra lo que digo de lo que se puede decir; sólo va dicho lo que es menester para darse a entender esta manera de visión y merced que hace Dios a el alma; mas no puedo decir lo que se siente cuando el Señor la da a entender secretos y grandezas suyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación aquí, aunque sea para gozarlos sin fin. Y de estos ¿qué da el Señor?

«Sola una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado» (V. c. 27).

Diversas fueron las ocasiones en que Santa Teresa experimentó lo que es un río caudaloso. Desde la niñez pudo contemplar muchas veces entumecido al río Adaja, que pasa a la vista de Avila, y cuyas aguas en días de avenida corren con tal velocidad que se han abierto en las rocas ancho y profundo cauce, y entran con tal ímpetu en el Duero que tardan en mezclarse con las de este río. De donde las gentes de la comarca formularon el siguiente adagio: «Yo soy el Duero que todos los ríos bebo, menos el Adaja que me ataja». Sabido es el percance que tuvo la Santa cerca de Córdoba en el río Guadalquivir cuando iba a fundar el convento de Sevilla. Ocurrió que al pasar el río en una barca dejaron la maroma los que tiraban de ella desde la otra parte para arrastrar la barca con el carro donde iba la Santa con sus monjas; e íbanse río abajo arrastrados por la corriente, poniendo a todos en tan grande aprieto, que la Santa y sus monjas empezaron a encomendarse a Dios. La Providencia hizo que parase la barca en un banco de arena, saliendo del percance alabando a Dios que «da siempre los trabajos con piedad» como dice la misma Santa. No fué menor ni el peligro ni la Providencia que experimentó cuando fué a Burgos a fundar su último convento. Pues teniendo que pasar el río Arlanzón, ocurrió que a causa de las lluvias aquél había crecido tanto, que unos pontones de piedra por donde habían de pasar los carros con la Santa y sus monjas estaban del todo cubiertos por el agua. Y como dice la Santa «verse entrar en un mundo de agua, sin camino ni barco, con cuanto nuestro Señor me había esforzado, aun no dejé de temer, ¿qué harían mis compañeras?» (Fun. cap. 31). Ni acabó aquí el percance, porque a poco de terminada la fundación, cuando ya la Santa estaba descansando de tantos trabajos como le había costado, salió el río de madre inundando la ciudad y comprometiendo la seguridad del nuevo convento. No consintió la Santa salir de él como las monjas de otros monasterios lo hicieron; pero en una carta escrita poco después califica la inundación llamándola *diluvio*. (Cart. 394, Rivad.).

Pero para comprender todo el alcance que tiene la frase de la Santa de que todas las mercedes y gracia que comunica Dios a las almas en este mundo no son más que «sola una

gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado» consideremos los ríos en su origen o formación y en los provechos que reportan al hombre. En cuanto al origen es de notar que muchos de ellos son ya verdaderos ríos desde su nacimiento, tal es el caudal de agua de sus manantiales o fuentes, como sucede con el Ebro y el Duero en España, caudal que va aumentando periódicamente por la agregación de las aguas de otros manantiales y ríos menos cuantiosos que afluyen al principal. Hay ríos que después de correr cierto espacio por la tierra desaparecen, para volver a nacer como renovados. Esto le sucede a nuestro Guadiana, que se pierde un espacio de 40 kilómetros, para aparecer en los ojos de su nombre.

El caudal de aguas que llevan algunos ríos es verdaderamente grande, y su cauce en muchos kilómetros de curso se confunde con la extensión de los mares: tal es la anchura de 15, 20 y 25 kilómetros que miden algunos de los más caudalosos. Su corriente se presenta en tres formas; pacífica y perezosa en cuencas de poca inclinación; olímpica y majestuosa precipitándose por riscos y escarpadas, formando las célebres cataratas o cascadas de 20, 30 y 40 metros de altura; y terrible y avasalladora arrollando cuanto se opone a su paso, para ganar cuanto antes la distancia que les separa del mar; y tal es la velocidad que adquieren las aguas en determinados casos, que el mar se ve como obligado a respetar en su oleaje aquella corriente, abriéndoles paso mar adentro en muchos centenares de metros.

Las utilidades que reporta el hombre en el aprovechamiento de los ríos son verdaderamente incalculables. Los ríos hacen productivas áreas inmensas de terreno, que sin su riego se convertirían en áridos desiertos; los ríos ponen en movimiento los maravillosos artefactos de la industria moderna, producen el fluido eléctrico por centenares de miles de caballos, fluido que llevado por redes de hilos metálicos a nuestras ciudades, convierte las noches en días claros, mediante los focos eléctricos, arrastra los coches tranvías acortándonos las distancias de los lugares, calienta las habitaciones, cuece los alimentos, cose nuestros vestidos, y por no hacerme interminable, concluiré diciendo, que hasta en los templos contribuye con los destellos de la luz que produce a la solemnidad del culto divino.

Ahora bien, según Santa Teresa, Dios nuestro Señor es el gran río caudaloso en cuyas aguas nos hemos de anegar, si tenemos la dicha de penetrar en él. Y no anda descaminada la Santa al formar esta idea. Ya el Salmista la apuntó cuando dijo: *flumen Dei repletum est aquis*: el río de Dios lleno está de aguas, con las que hace fructíferos los valles, y los desiertos se llenan de superabundancia. Como ya lo hemos dicho, expresa la Santa esta idea al tratar de la manera de visión en que se le daba una noticia cierta de estar Jesucristo a su lado que le hablaba y enseñaba. Y este modo de hablar y enseñar de Dios es tan admirable que dice la Santa «es un lenguaje tan del cielo, que acá se puede mal dar a entender, aunque más queramos decir. Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda, en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imagen ni forma de palabras... Es una cosa tan de espíritu esta manera de visión y de lenguaje, que ningún bullicio hay en las potencias ni en los sentidos, a mi parecer, por donde el demonio pueda sacar nada... no obramos nosotros nada ni hacemos nada: todo parece obra del Señor. Es como cuando ya está puesto el manjar en el estómago sin comerle ni saber nosotros cómo se puso allí, mas entiéndese bien que está. Hace Dios al entendimiento que advierta, aunque le pese, a entender lo que se dice, que allá parece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la hace escuchar, y que no se divierta; como a uno que oyese bien y no le consintiesen atapar los oídos, y le hablasen junto a voces, aunque no quisiese, lo oiría. Y en fin algo hace, pues está atento a entender lo que le hablan. Acá ninguna cosa, que aun esto poco que es sólo escuchar, que hacía en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado y comido; no hay más que hacer de gozar. Como uno que sin deprender ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber cómo ni donde, pues aun nunca había trabajado, aun para deprender el Abecé.

»Esta última comparación me parece declara algo de este don celestial, porque se ve el alma en punto sabia y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar de la verdad de estas grandezas. Quédase tan espantada que basta una merced de éstas para trocar toda un alma y hacerla no amar cosa sino a quien ve que, sin trabajo nin-

guno suyo, la hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos y trata con ella con tanta amistad y amor que no se sufre escribir.... Parece que quiere el Señor de todas maneras tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo, y paréceme a mí que así como allá sin hablar se entiende, lo que yo nunca supe cierto es así, hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese y me lo mostró en un arrobamiento, así es acá, que se entiende Dios y el alma con sólo querer Su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse a entender el amor que se tienen estos dos amigos» (V. c, 27).

No acaba la Santa Madre de declararse, y ya pone un símil, ya otro, y como son mayores las grandezas que ha experimentado su alma, que lo que por lenguaje humano puede expresarse, hace la Santa lo mismo que ella describe de la mariposita blanca que sale del capullo de seda, una vez que ya se consumió aquel gusano grande y feo, en quien representa al alma que todavía se arrastra por la tierra envuelta en los afectos de las cosas del mundo. «¡Oh, dice la Santa, pues ver el desasosiego de esta mariposita, con no haber estado más quieta y desasosegada toda su vida! Es cosa para alabar a Dios, y es que no sabe dónde posar y hacer su asiento, que como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta.... Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco a poco tejer el capullo; hanle nacido alas, ¿cómo hase de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos» (M. 5. c. 11).

Interminables nos haríamos si hubiésemos de copiar los distintos pasajes en que la Santa expresa aquella plenitud en que rebosa el alma cuando se ve engolfada en los deleites celestiales. Y, sin embargo, ella nos asegura que todo esto que da Dios a sentir a las almas en este destierro es «sola una gota de agua del gran río caudaloso que nos está preparado». Concluiré pues con las mismas palabras de Santa Teresa, cuando dice: «Plega a Dios me traigan a términos que yo pueda gozar de este bien. ¡Qué gloria accidental será y qué contento de los bienaventurados que ya gozan desto, cuando vieren que aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fué posible, ni dejaron cosa por darle de

todas las maneras que pudieron, conforme a sus fuerzas y estado, y el que más, más? ¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por El, sino que gustaban de verse muy abatidos! ¡qué sabio el que se holgó de que le tuviesen por loco, pues lo tomaron a la misma Sabiduría!» (V. c. 27).

Echenos la Santa una mirada compasiva desde el cielo, y ayúdenos a quebrantar los lazos que todavía nos atan a las cosas de la tierra, y si no tenemos la dicha de que la «gota de agua del gran río caudaloso que nos está preparado» bañe nuestro corazón en esta vida, pues don gratuito es de Dios, que lo da a quien quiere, al menos merezcamos ser anegados en aquel río, al traspasar los umbrales de la muerte.

FR. AMADOR DE SANTA TERESA, C. D.


(Se continuará).

El éxodo de nuestras carmelitas de Caifa

(Relato de una Religiosa) ⁽¹⁾

VII

El Rumanía

OR fin, el jueves, 3, nos avisaron que el vapor vendría seguramente a la mañana siguiente a primera hora, y que saliésemos de casa en cuanto le viésemos. A la mañana siguiente, en efecto, levantándonos a las cuatro, oímos la santa misa, comulgamos, hicimos la oración y recitamos las Horas menores como de ordinario. Algunas subimos a lo más alto del convento para ver si llegaba el vapor; y alguien que tú conoces, lo distinguió con la buena vista que el Señor le ha dado. Como una motita, allá en lejano horizonte, es lo que divisé: era el *Rumanía*, arca compasiva de la Divina Providencia que en su seno había de acojernos. Al momento nuestra Madre dió sus órdenes, y a mí me mandó en un cochecito más ligero con la religiosa enferma, acompañadas las dos de N. P. Capellán y una hermana demandadera del país.

En la Aduana

Apenas llegaron las demás religiosas, salimos para la Aduana, donde no sabíamos aún si nos registrarían o no. ¡Santo cielo, qué barullo había allí, acostumbradas al silencio y a la tranquilidad del claustro! Estábamos como atontadas. Todas, con nuestros sacos de viaje y valijas, pasamos por entre los empleados, que se portaron muy bien. Yo tenía unos seis o siete entre sacos, paquetes y maletas, pues como enfermera cui-

1 Véase el número 1.º de Octubre, pág. 267.

daba de los objetos de la enfermería, de los de la enferma, y los míos. El pobre hombre que me revisó, fué tan bueno, que me preguntó qué era lo que llevaba. Yo le dije, que cosas de la enfermería. Volvió a preguntarme si estaba enferma. Yo le repuse que no, pero que tenía que cuidar de las enfermas; y con eso, lo cerró todo tranquilamente.

Terminado con los pasaportes y los bagajes, nos hacen ir de nuevo a una salita donde estaba un jefe militar turco, muy bien vestido y de mucho prestigio (no sabemos si era el Gobernador militar), y junto a él una mujercita alemana, para examinarnos. Pero ese examen se veía que era de pura fórmula, no más; pues el jefe ni siquiera miraba a lo que hacía la mujer; y ella, la pobrecita, se notaba que lo hacía por fuerza, pues era una pobre obrera. Puesta de rodillas, nos tocaba un poquito el santo hábito donde se suelen tener los bolsillos, y con una cariñosa al par que triste sonrisa, nos hacía seña para pasar adelante. Una de nuestras Hermanas le dió un Escapulario, y ella lo besó con efusión, pues, aunque protestante, como es una secta aparte (la de los Templearios), aman a la Santísima Virgen; a lo menos, esto hemos observado en algunas mujeres que vivían cerca de nuestro convento.

En la Aduana nos acompañaron varios señores del país, uno de ellos un buen médico católico-latino, y miembro del consejo municipal, lo cual contribuyó mucho a que nos trataran tan bien. Vinieron asimismo varias religiosas que habían de partir al día siguiente para Alejandría, y nos preguntaron lo que hacían al examinarnos; y habiéndolas dicho nosotras cómo se portaban bien, hemos sabido después, que, en vista de eso, han podido sacar sus papeles y hasta documentos oficiales muy útiles a los aliados. Al salir de esta sala, vimos que los hombres registraban a nuestro Padre Capellán con más rigor que a nosotras; pues aunque no le hicieron desnudar, ni mucho menos, le examinaron todo; y a un señor judío, de nacionalidad francesa, que se embarcó con nosotras, parece que le obligaron a quitarse el calzado.

El momento de embarcarnos

Ya te he dicho que pasados los tres días después que lanzaron el decreto de expulsión, el tiempo había vuelto a su hermoso sol del Oriente, y cuando salimos a la mañana de

nuestro amado convento, todo estaba sereno; mas he aquí que estando en la Aduana, se levantó de nuevo el viento, y el mar se puso tan bravo, que los mismos turcos estaban inquietos por una barca que se dirigía al vapor *Rumanía* conduciendo tres padres: el Superior del Monte Carmelo, el P. Raimundo, malteses ambos, y el P. Egidio, italiano y párroco de la parroquia de nuestros padres en Caifa. Pues esta barca hacía media hora que andaba luchando con las terribles olas que se levantaron de improvisto, y no adelantaba; era cosa horrible el ver esa lucha, y dentro de unos minutos, habíamos de pasar por lo mismo. Por fin, la barca llegó al vapor, porque Jesús vela siempre por los suyos, terminando con aquella eterna Aduana.

Salimos también nosotras para el embarcadero, pero fué imposible embarcar en el lugar ordinario por el estado del mar. En vista de esto, nuestra Madre y las religiosas, acompañadas del P. Capellán, del Agente y los hombres que llevaban los bagajes, nos dirigimos a una pequeña montaña de rocas, para de allí bajar a la barca, y con no pocos sufrimientos y peligros, conseguimos llegar al *Rumanía*. ¡Oh días y horas memorables escritas en nuestros corazones con caracteres indelebles! ¡Oh Providencia Divina, que los cielos y la tierra os bendigan en nuestro nombre en el tiempo y en la eternidad!

Llegadas a nuestras barcas el viernes, 4 de Diciembre, nos encontramos nosotras cinco con unas seis o siete religiosas llamadas «Damas de Nazaret», que iban a Beirut, por ser todas sirianas, y como tales no podían salir de la Turquía, pues los turcos las querían guardar en su territorio para cuidar sus heridos

La llegada hasta el barco fué bastante peligrosa, pero no tuve miedo. Durante ella, no exhalamos ni un suspiro, ni abrimos los labios para pronunciar ni una palabra, ni una jaculatoria, por ser en nosotras todo interior; de manera que si la barca se hubiese hundido, hubiéramos bajado al mar en profundo silencio, pues nosotras no sentíamos necesidad de otra cosa que de amar y callar. Nuestra barca, aunque salió la última, fué sin embargo la que llegó la primera al vapor. Llegamos mojadas, pero tuvimos un recibimiento cariñoso. Oficiales, marineros, camareros y pasajeros, todos se presentaron lo más amables y simpáticos, y se prestaron a ayudarnos. Un buen sacerdote oriental, en cuanto vió a la pobre M. María

de los Angeles que apenas podía andar, le ofreció una silla, y allí la instalamos para que tomase un poco de reposo antes de subir las escaleras que conducían al salón de segunda clase, que era el nuestro. Cuando llegó la barca de nuestra Madre y subieron las religiosas, mojadas como nosotras, fuimos al salón, donde paternal y cariñosamente nos saludó nuestro buen comandante, quien todo el tiempo que hemos pasado sobre el *Rumanía* se ha mostrado un verdadero padre.

Nuestro Carmelo flotante

Entre diez y once de la mañana, llegamos al barco, y después que nos condujeron a los camarotes, y nos arreglamos en nuestro nuevo Carmelo flotante, nos llamaron a comer. Naturalmente tuvimos que comer de carne, y te aseguro que no fué pequeña penitencia al cabo de tantos años de vigilia; nuestros estómagos no la soportaban, como te lo diré después. Del comedor subimos al puente, para de allí contemplar, en la amargura de nuestras almas y el cariño de nuestro corazón, a nuestra Santa Montaña del Carmelo, tan amada con su bendito Santuario de la Reina de los Cielos y de la Tierra, y a sus pies nuestro querido convento, perdido entre verde ramaje como una humilde violeta entre sus anchas hojas. ¡Oh qué tarde de imperecedera memoria, mi cara Elena! ¿Quién jamás podrá comprender lo que sentían nuestras almas?

La Providencia

El cielo como el mar se rodearon de la más completa paz después que nosotras habíamos atravesado las borrascosas ondas. Durante largas horas sobre el puente (pues el vapor no salió hasta las once de la noche), reflexioné mucho sobre esas extrañas alternativas del tiempo durante esos últimos días de nuestra estancia en Oriente, y siempre me ha parecido comprender que eran advertencias del Eterno que dirige los elementos. Sí; después de mostrar su desagrado el Señor por nuestra expulsión, con un horrible diluvio de tres días y tres noches, como queda dicho, nos dió siete días de tiempo hermosísimo para arreglar todas nuestras cosas, como si olvidando su enojo por los que en los suyos le perseguían, hubiese querido mostrar a nosotras sus pobres hijas

su cariñosa sonrisa, y con ella animarnos para soportar nuestra grande prueba. Después de esos siete días de bendición, en el momento de embarcarnos, el cielo se pone de luto y el mar se enfurece; se diría que querían protestar contra la injusticia de los hombres, que nos arrancaban de nuestra amada soledad. Durante el trayecto hecho en la barca, tu has visto con qué cariño nos guardó el amante Jesús escondiéndonos en el amor de su Corazón y en el secreto de su Santa Faz, mientras que en torno nuestro hacía sentir el peso de su indignación por las furiosas olas. ¡Oh, sí, mi querida Elena, si el Señor le diese una lengua a nuestra amada y Santa Montaña, con qué acentos de dolor exprimiría ella esta amarga separación, y qué de veces repetiría que nos ha llorado con torrenciales lágrimas! ¡Y qué de veces hemos repetido que la Santa Montaña nos lloraba, como nuestras almas le lloraban a ella, no con lágrimas exteriores, que son ya un alivio al dolor, sino con lágrimas más puras y espirituales, con las lágrimas invisibles del amor herido!

(Se continuará).

Biblioteca Mística Carmelitana

Obras de Santa Teresa de Jesús editadas por el P. Silverio de Sta. Teresa, Carmelita Descalzo.

TOMO II. RELACIONES ESPIRITUALES

Un volumen de 25 × 16 y XXIV—582 págs. Burgos: Tipografía de «El Monte Carmelo», 1915. Precio: 5 pesetas en rústica y 7 encuadernada.

En este segundo volumen, digna continuación del primero, ha hecho el P. Silverio una obra tan benemérita, que los aficionados y devotos del Serafín de Avila nunca le podremos agradecer bastante. Las Relaciones espirituales de la Santa a sus confesores, y muchas mercedes que recibió de Dios, después que escribió su admirable Autobiografía, son de suyo tan hermosas, y manifiestan en ella una sencillez de conciencia y una familiaridad con Dios tan encantadoras, que no desmerecen nada de los prodigiosos capítulos del *Libro de la Vida*; semejan, como leemos en la erudita y elegante Introducción, a las pequeñas partículas que se desprenden de la piedra preciosa al entallarla el lapidario, diminutas ciertamente, pero de facetas no menos brillantes y hermosas que la piedra misma de que formaron parte.

Y sin embargo, con ser frutos sazonados de su ingenio y obligado complemento de la *Vida*, aparte algunas pocas que publicó Fr. Luis de León harto defectuosamente, en ninguna edición se habían editado juntas, sino confundidas entre las cartas, sin orden ni concierto alguno. D. Vicente de la Fuente, con el título de *Libro de las Relaciones*, las agrupó en diez, incluyendo en una misma relación, diez o doce, y aun más, que no tienen entre sí afinidad ninguna, fuera del título. Además, el texto es muy incorrecto, como puede verlo cualquiera que se tome el trabajo de cotejarla con los autógrafos o copias antiguas autorizadas. Ya era tiempo de acabar con tanto embrollo y confusión, y de que pudiéramos leer estos escritos de Santa Teresa debidamente clasificados y publicados con la exactitud y limpieza que su importancia extraordinaria reclama. Creemos que el Padre Silverio lo ha conseguido plenamente. En este tomo nos da hasta *sesenta y siete* Relaciones, fidedignamente reproducidas, ya de los originales, cuando les hay, ya de códices antiguos de autoridad bien probada. Por las notas que les acompañan, sabemos de casi todas el lugar, día y año en que fueron recibidas, y la ocasión de recibirlas, con una erudición verdaderamente sólida y pasmosa, y un acendrado gusto crítico, de que dió gallarda muestra en el primer tomo de esta edición.

Gracias a él, de hoy más la lectura de estas Relaciones ha de ser en extremo agradable y provechosa, sin las confusiones a que daba lugar el

caprichoso agrupamiento con que se habían publicado, y en un texto bien depurado y limpio. Por primera vez en una edición española, va a leerse la importante relación de Santa Teresa al P. Rodrigo Alvarez que comienza: «Esta monja ha cuarenta años», conforme al autógrafo que se venera en el convento de los Carmelitas Descalzos de Viterbo, así como la dirigida al Doctor Velázquez, y las comprendidas en los números XV, XXXIX, XL y muchas otras, que se habían editado con muchas faltas y alteraciones de sentido. Gracias a la compulsión con los originales o a las reproducciones fotográficas, ha podido realizar una labor concienzuda de depuración digna de los mayores encomios.

Ni se ha limitado a esto el trabajo del editor. Con crítica verdaderamente aguda, ha logrado describir el mérito de algunos códices antiguos que contenían estas Relaciones, y hasta ha llegado a averiguar quiénes fueron los autores de ellos, como ha ocurrido con el más interesante de todos, debido a la esclarecida hija del convento de San José y contemporánea de la Santa, Ana de San Pedro. Es un dato precioso que da gran valor al manuscrito. Afortunado ha sido el hallazgo del infatigable P. Silverio de un precioso manuscrito antiguo, que contiene treinta y ocho Relaciones, copiadas nada menos que por la esclarecida Teresita, sobrina de la Santa, como hija que era de D. Lorenzo de Cepeda. Aunque no fuese más que por esta feliz adquisición, daría seguramente el docto Padre por bien pagados los trabajos y vigilijs que estos estudios le cuestan.

Cerca de quinientas páginas ocupan los «Apéndices» de este tomo, los cuales comprenden documentos de gran valía, muchos de ellos ignorados hasta el presente. Merecen atención especial la *Historia del Monasterio de la Encarnación de Avila*; por María Pinel, de la que reproduce lo pertinente a Santa Teresa, el *Dictamen* íntegro sobre el espíritu de la Santa, debido a la docta pluma del P. Báñez, la *Petición* hecha por D.^a Guiomar de Ulloa a D. Alvaro de Mendoza para que el convento de San José volviera a la Orden, las dos *Deposiciones* canónicas hechas en Avila por Teresa de Jesús, sobrina de la Santa, de excepcional importancia, el *Dicho* de D. Francisco de Mora, que tan mal y fragmentariamente se había publicado, unas *Notas* del P. Gracián a la autobiografía de la Santa, dos hermosos Códices de Toledo y Avila, que contienen casi todas las *Relaciones* espirituales que se conocen de Santa Teresa, y muchísimos documentos más relacionados con la muerte, sepulcro, canonización y patronato de Santa Teresa sobre los reinos de España.

Todo esto y mucho más encontrará el lector en este interesante volumen, cuya importancia nos parece excusado encarecer más.

A pesar del trabajo abrumador que todo ello supone, todavía pudo aprovechar el infatigable P. Silverio algunos ratos de los tres últimos meses del pasado año, en que estaba ultimando este volumen y preparando la edición económica de estas mismas obras de la Santa, que con tanto acierto ha terminado ya de imprimir, para escribir una obra sobre *Bibliografía teresiana*, que la Real Academia de la Lengua ha premiado, por unanimidad, con medalla de oro y con la impresión por parte de la docta corporación de este trabajo, del cual regalará al autor quinientos ejemplares.

FR. CASIMIRO DE LA VIRGEN DEL CARMEN, C. D.

Crónica Carmelitana

QUE SEA BIEN VENIDO.—El día 8 de los corrientes tuvimos el gusto de saludar en este nuestro convento de Burgos, a N. M. R. P. Bernardino de Jesús María, Definidor General, que vino acompañado de los RR. PP. Provinciales de nuestra Provincia de Navarra, de las Provincias de Castilla, Aragón y Valencia, y del R. P. Vicario de Valladolid. Después de pasar un día en este convento partió para la provincia de Castilla con el objeto de visitar los demás conventos de la Orden en España. Deseamos que la estancia entre nosotros le haya sido agradable.

LAS FIESTAS DEL CARMEN.—*Camagüey (Cuba).*—Los PP. Carmelitas de Camagüey en unión de la Semana Devota han celebrado solemnísimos cultos para honrar durante el mes de Julio a la Santísima Virgen del Carmen. Durante la novena que precedió a la fiesta principal hubo todos los días misa cantada con exposición de S. D. M. rezándose a continuación la novena. Por la tarde expuesto el Santísimo Sacramento, se rezó el santo rosario y la novena que fué amenizada con cánticos piadosos. La víspera de la fiesta, después de los cultos de la tarde, se cantó a toda orquesta una solemnísima salve oficiando el R. P. Angel Bonet, Subdirector de la Pía-Unión del Sagrado Corazón de Jesús. El día 16 fiesta de la Excelsa Reina del Carmelo, a las siete hubo misa de comunión general en la que se repartió por más de una hora el pan de los ángeles. A las nueve, el Ilmo. y Rvdo. Sr. Fr. Valentín Zubizarreta, Carmelita Descalzo, Obispo de Camagüey y Administrador apostólico de Cienfuegos, celebró misa Pontifical, siendo asistido por el clero secular y regular de la ciudad, y en ella cantó con gran elocuencia las glorias del Carmelo el R. P. Ricardo Vicente, Escolapio. Un escogido coro de voces cantó a toda orquesta la misa del maestro Perosinello. Digno remate de estos cultos fué la fiesta de la tarde en la que predicó el R. P. Esteban de San José, C. D. terminando con la procesión y una tierna despedida a la Santísima Virgen.

Habana.—Con la misma solemnidad celebraron los PP. Carmelitas de la Habana en la iglesia de S. Felipe, las fiestas de la Virgen del Carmen. Todos los días de la Novena se cantó por la mañana una misa y a continuación se rezó la novena que fué amenizada con preciosos cánticos. En los cultos de la tarde los PP. de la Comunidad pronunciaron fervorosas pláticas ensalzando las glorias de María del Carmen. El día 16, desde las cuatro de la mañana, estuvo el templo lleno de fieles, en especial durante la misa de comunión general, que celebró el M. I. Sr. Provisor de la Diócesis Sr. D. Manuel Arteaga. A la misa solemne en la que ofició Monseñor Alberto Méndez, Secretario de Cámara del Obispado, asistió el

Ilmo. y Rvmo. Sr. Fr. Aurelio Torres, Carmelita Descalzo, Obispo de Angila en representación del Prelado de la Diócesis, y en ella ocupó la sagrada cátedra el Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo de Pinar del Río, quien con gran elocuencia, galanura de frase y unción evangélica expuso el poder de María sobre Jesús. En la función de la tarde constituyó la principal nota la solemne procesión en la que fué llevada en triunfo la imagen de la Santísima Virgen, terminándose la fiesta con una tierna despedida a la Virgen.

El día 23 octava de la fiesta de la Virgen del Carmen se celebró en la misma ciudad de la Habana, en la Iglesia llamada del Vedado a cargo de los PP. Carmelitas, una solemne función que consistió en misa de comunión general que celebró el Ilmo. y Rvmo. Sr. Fr. Valentín Zubizarreta, Obispo de Camagüey y Administrador apostólico de Cienfuegos, y misa solemne a las nueve en la que pronunció una fervorosa plática saturada de unción evangélica el sabio y virtuoso Obispo de Camagüey. Por la tarde la imagen de la Santísima Virgen del Carmen recorrió las calles del Barrio rodeada de fieles y devotos hijos que fueron escoltándola y cantando fervorosas plegarias.

PROFESIONES RELIGIOSAS.—En las Carmelitas Descalzas de Velez Málaga hizo su profesión de votos simples, el día 12 de Septiembre, la hermana M.^a Concepción de S. Alberto. Celebró la santa misa el R. P. Julio Pérez, Guardián del Convento de S. Francisco, y ocupó la sagrada cátedra el R. P. José María Tirado, de la misma Orden. Le impuso el velo el Sr. D. Miguel Pérez de Guzmán, Arcipreste de dicha ciudad, apadrinándola el Sr. D. Manuel Martel Gallardo, Alcalde de la misma y su distinguida señora D.^a Ana Ramos.

—El día 15 del mismo mes, hizo su profesión religiosa, en las Carmelitas Descalzas de Lesaca, la hermana M.^a Luisa del Niño Jesús de Praga. El Sr. Capellán de la Comunidad pronunció una tierna plática alusiva al acto.

TOMAS DE HABITO.—En el mismo convento, vistió el santo hábito el día 10 de Julio, la hermana Clementina de Jesús Crucificado; pronunció un elocuente sermón su director espiritual D. Damián Ibarreneche, coadjutor de Vera.

NECROLOGIA. En las Carmelitas Descalzas de Loeches, expiró con la muerte de los justos, el día 26 de Septiembre, la Madre María Petra de San José, a los 48 años de edad y 31 de religión, durante los cuales dió a sus hermanas edificantes ejemplos de virtud, especialmente de observancia regular.

—En las Carmelitas Descalzas de San José de Zaragoza, el día 27 de Septiembre, la Madre Magdalena de la Purísima Concepción, a los 76 años de edad y 60 de edificante vida religiosa, distinguiéndose en particular por su profunda humildad y por su caridad con sus hermanas.

Crónica General

ROMA.—*Su Santidad a los Prelados alemanes.*—Noticioso el Papa de que los obispos alemanes se hallaban reunidos en Fulda, bajo la presidencia del Cardenal Hartmann, con el fin de celebrar su acostumbrada asamblea anual, les ha dirigido una notable y extensa carta. En ella les expresa su agradecimiento por el homenaje que aquellos le enviaron con motivo del segundo aniversario de su coronación pontificia. Lamenta después que sus palabras de invitación a la paz sean motivo de indignas sospechas para una parte de los beligerantes y de manifiestas injurias para otra, como si fueran dictadas por la esperanza de algún provecho particular y no por la viva esperanza de poner término a la discordia conforme a los dictados de la justicia. Añade con frase de dolor que sólo la perturbación de los espíritus, ofuscando el juicio e impidiendo el conocimiento de la verdad, puede dar lugar a que se dude de que el Pontífice, como Vicario del Rey pacífico en la tierra, es el padre de todos los cristianos y, en cumplimiento de su alto ministerio, no puede dejar de amonestar, persuadir y exhortar a la paz, no a favor de una sola porción de hombres, sino de la humanidad toda. Sigue la carta del Papa elogiando las obras de caridad instituídas y fomentadas por el Episcopado, Clero y católicos de Alemania para aliviar las desgracias de la guerra, y exhortando a todos a que por el ejercicio de la mutua caridad se procure lograr la aproximación de los espíritus, hoy tan separados por los odios que la guerra engendra. Termina el Padre Santo rogando la perseverancia en la oración unida a obras de piedad y penitencia y recomendando especialmente la comunión de los niños, a fin de que, unido el sacrificio a la inocencia suplicante, pueda alcanzarse mejor de Dios la tan suspirada paz.

ITALIA.—*La Masonería y el Gobierno.*—El día 20 de septiembre se reunió en Roma el Congreso anual de las logias masónicas, en el que, como en años anteriores, se han inferido al divino Redentor, a su augusto Vicario y a la Iglesia los más sacrílegos ultrajes.

Tras una serie de discursos, llenos de horrendas blasfemias convinieron los secuaces de Satanás avivar su campaña en pro de la descristianización del mundo, mediante la sustitución de la escuela católica por la laica o atea, la destrucción de la familia cristiana, con el divorcio a voluntad de los cónyuges, el ateísmo oficial del Estado y la prohibición de toda manifestación pública del culto católico. A raíz de este conventículo diabólico, el sectarismo de la prensa masónica ha llegado a los mayores extremos en sus alardes de un ateísmo blasfemo. El *Popolo d' Italia* ha publicado, entre otros, un artículo, ultrajando a nuestro divino y amantísimo Salvador, en términos los más soeces, y ensalzando a Barrabás. Esto ha

producido entre los católicos italianos una explosión de indignación contra el autor de semejantes blasfemias, siendo también unánimes las protestas contra la censura oficial a que está sujeta la prensa y que deja pasar tan impíos libelos. Con la agravante de que la censura que no ha borrado una sola línea de tan repugnantes impiedades, ha suprimido párrafos enteros de un artículo de *L' Unita Cattolica*, en el que se formulaba la correspondiente protesta. Fuera de esto, va en aumento la campaña insidiosa de calumnias y patrañas contra la Santa Sede, habiéndose visto precisado *L' Osservatore Romano* en su número de 1.º del actual a dar nuevamente la voz de alerta a los católicos para que no se dejen sorprender por ellas. Seguramente que este inicuo proceder de la prensa impía y de las autoridades italianas que la toleran atraerá la cólera del cielo sobre esa desventurada nación.

NOTA POLITICA.—Nunca han tenido que desempeñar las Cortes españolas una misión tan ardua, nunca se han hallado en situación tan favorable para iniciar una honda reconstitución nacional y nunca ha sido mayor su responsabilidad ante la conciencia pública y ante la historia, como en los momentos actuales. El estampido del cañón, que truena sin cesar en Europa, ha despertado en la conciencia del pueblo español el sentimiento patriótico adormecido, y el siniestro resplandor de la hoguera que consume tantos millones de vidas humanas, ha iluminado nuestra pequeñez y el estado lamentable de abandono, desorientación e impotencia en que nos hallamos, gracias a las torpezas, claudicaciones y codicias criminales de los gobernantes ineptos que durante un siglo han dirigido los destinos de la pobre España. Efecto de este despertar salvador son las ansias que siente la nación de recuperar su llorada grandeza, las cuales fomentadas y bien dirigidas por gobernantes expertos y estadistas insignes y patriotas, pueden marcar el comienzo de una era de prosperidad y ventura para España en estos momentos históricos. Estos anhelos del pueblo han llegado hasta el Gobierno y han cristalizado en los proyectos económicos del ministro de Hacienda y del ministro de la Guerra, muchos de los cuales, sin embargo, no son viables por falta de preparación para llevarlos a la práctica y otros resultarían perjudiciales a causa de lesionar intereses respetables, sin que con ellos se obtenga una compensación proporcionada. La opinión general es que la totalidad del plan es irrealizable y que sólo podrá salir aprobada una pequeña parte de él y con numerosas enmiendas.

Toda tentativa de saneamiento y reconstitución interior es mucho de alabar, lo que no se puede pasar sin protesta e indica la menguada mentalidad del Gobierno que padecemos, es que en estos instantes supremos en que tan necesaria es la unión de los espíritus en una común aspiración, fomente la división y avive odios amortiguados, suscitando la ya desacreditada *cuestión religiosa*.

SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

Línea de Buenos Aires.— Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5, y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba Méjico.— Servicio mensual saliendo de Génova (facultativa) el 21, de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27, y de Habana el 30 de cada mes.

Línea de Cuba, Méjico.— Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana, y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña y Santander.

Línea de Venezuela Colombia.— Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello y La Guayra. Se admite pasaje y carga con trasbordo para Veracruz, Tampico, y puertos del Pacífico.

Línea de Filipinas.— En lo que resta de año se realizarán los siguientes viajes a Manila, saliendo los vapores de Barcelona el 30 de Agosto, 13 de Octubre y 26 de Noviembre, para Port--Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila.

Línea de Fernando Póo.— Servicio mensual saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán, (Escalas facultativas), Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil - Plata.— Servicio mensual saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña, Vigo y Lisboa (facultativa) para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

FÁBRICA DE PARAGUAS

DE

FRANCISCO ESTAVILLO

Paraguas, sombrillas, bastones y armaduras. Sedas, satenes, algodones y alpacas. Se hace toda clase de composturas

Calle de Postas, número 26

VITORIA

Talleres y Despacho

DE

JOYERIA Y PLATERIA

GINABREDA (S. A.)

Calle Plateria, núm. 27 — BARCELONA

Especialidad en Custodias, Coronas, Cálices, Copones, Cruces, Báculos y demás joyas para el culto católico.

Completo surtido en objetos de oro y plata para regalos.—Restauración y composición de toda clase de joyas.

Todos los encargos se cumplen con puntualidad y perfección.—Se hacen proyectos y presupuestos.—Garantía en los objetos.

